



Ernesto DELGADO

Pálpito.

Madrid: Visor, 2024, 50 pp.

El trigésimo sexto *Premio Internacional de Poesía Fundación Loewe a la Creación Joven* fue concedido, en la convocatoria de 2023, al poeta cubano Ernesto Delgado por su obra *Pálpito*, presentada bajo el seudónimo de «El inocente». El lema no era desde luego arbitrario, pues remitía a un poema de Gastón Baquero, «Palabras escritas en la arena por un inocente»: «Yo no sé escribir y soy un inocente. / Nunca he sabido para qué sirve la escritura y soy un inocente./ No sé escribir, mi alma no sabe otra cosa que estar viva». Esos versos no dejaban de ser una declaración de inocencia, rescatada, paradójicamente, por la palabra poética, pues se trataba de un «inocente» que, habiendo nacido en Cuba en 1914, se exilió en Madrid, donde trabajó y escribió desde 1959 hasta su fallecimiento en 1997.

Nos encontramos ante un seudónimo que remite también a una frase de W. B. Yeats, recreada por el poeta salmantino José Luis Puerto en *Ritual de la inocencia*. Una inocencia que León Felipe unió a la exaltación de los humildes y desprotegidos, pero que, como señaló María Zambrano, va unida al misterio de la poesía. La exaltación de la inocencia es tan larga como la historia de la literatura. José Miguel Ullán recordó precisamente los versos de Baquero dedicados al símbolo de la primera fruta: «El mar rojo, el cielo verde/ y la nieve encarnada por latigazos de sol bajo la púrpura/ da: la manzana».

Pero el homenaje del autor de *Pálpito* a Gastón Baquero no se plasma solo en ese «inocente» modo de escudarse, sino en la evocación de una escritura que rescató, desde el exilio, al niño que había sido en «Un largo poema» y a la figura de la madre en «Breve rojo nocturno». Sin olvidar el resplandor de la pobreza en «La casa en ruinas». Detrás de todo ello, se escondía un Gastón Baquero, callado y deslumbrante, cubierto de ominoso silencio durante décadas, secreto para algunos y modelo para muchos, y de cuya poética Ernesto Delgado ha hecho una nueva *Celebración de la existencia* en su libro.

En él, nos encontramos ante un título esdrújulo y profético, que evoca un amplio abanico de posibilidades semánticas, como las de presentimiento, corazonada, sensación, sospecha, premonición, barrunto, intuición y presagio, lo que conlleva también un halo de ocultación y enigma. Pero,

más allá de esas equivalencias, el título recuerda, de forma casi inevitable, la famosa área que canta la protagonista en el primer acto de la ópera de Verdi *Luisa Miller*: «Lo vidi. e il primo palpito...». El libreto de Cammarano se basó, como es bien sabido, en la obra de Friedrich Schiller, *Kabala und Liebe, Intriga y amor*. Y algo de eso tiene también este nuevo *Pálpito* cubano, que trata, como el melodrama operístico, del amor, la desgracia y las desigualdades sociales.

Este primer libro de Ernesto Delgado, de cuidada estructura, está formado por una veintena de poemas, en verso y en prosa. Su brevedad está, sin embargo, llena de intensidad, de silencios y de emociones con las que su autor busca la dignidad de la palabra a través de imágenes y metáforas que brillan con luz propia al abrigo de una lengua común, que se enriquece con los diferentes tonos que suenan en las dos orillas.

Pálpito sigue en buena parte la poética de Mallarmé, quien, como dijo Severo Sarduy, fue el fundador de la literatura actual por su pluralidad de sentidos, por su capacidad evocadora y por creer que la poesía puede residir tanto en la prosa como en el verso; algo que practicó el mismo Sarduy en *De donde son los cantantes*, al igual que lo hicieron Lope de Vega, Cervantes, Juan Ramón Jiménez, Lezama Lima, Octavio Paz y tantos otros autores de poesía en prosa. Alejado de lo anecdótico y descriptivo, todo queda trascendido en el libro de Ernesto Delgado, fiel al predicado de Vicente Huidobro: «El poeta es aquel que descubre la relación oculta que existe entre las cosas más lejanas».

El ritmo de *Pálpito* avanza, en el espacio y en el tiempo, desde la maternidad luminosa a la inusitada ínsula, donde se mueven los molinos del mundo. En ella, un nuevo Quijano en bicicleta se protege, junto a su escudera, del paso de los años, mientras persigue el gran poema, como quería el grupo literario *Estrella en germen*, que Ernesto Delgado y otros poetas fundaron bajo el signo de Borges.

Pálpito ofrece toda una serie de contrastes entre el cielo y la tierra, la oscuridad y la luz, el vacío y el sueño, pero, sobre todo, la conciencia de quien vive sumido en pozos y segregado en cajas, donde las hienas encierran la inocencia del niño y la del tigre. Esas cajas o casas en las que los seres humanos viven encerrados no solo recuerdan las «Little boxes», que cantaban Malvina Reynolds o Pete Seeger en los años sesenta, sino un mundo actual de fronteras cerradas e infranqueables como el que dibuja Ernesto Delgado en el poema «La caja»: «Vivimos dentro de una caja, para protegernos nos encerraron en una caja color miseria, le digo con una voz más pequeñita a mi madre: ... Mi madre que me alimentó con su bondad recién horneada en el vapor del trópico. Mi madre que se acostumbró a caminar sin rodillas. A veces la caja se balancea y se nos cae encima la miseria, y se rompen las lámparas y quedamos oscuros. Los cuidadores dicen que es el oleaje».

Pero el autor de *Pálpito* se salva de todo ello gracias a una búsqueda concreta, pues sus manos son «las de un hombre tras la sabiduría», que «al descuido en cualquier tela, / en cualquier ser, en cualquier suceso/ está callando para que nosotros la encontremos». A la zaga del mito de Sísifo, los versos de Ernesto Delgado recuerdan el absurdo de la vida humana con el que Albert Camus interpretó ese castigo contado en la *Odisea*, que ha sido interpretado también como la representación del sol, que nace y muere cada día, o como la lucha por alcanzar, precisamente, la sabiduría.

Entre ascensos y descensos, las metáforas y el ritmo de cada poema en *Pálpito* se elevan, como el águila de san Juan de la Cruz, al aire de su vuelo: «Posada sobre todo lo vivo,/ el águila gira brusca su cabeza brusca/ buscando nacimientos, esperándolos./ Y luego asciende y cae, dibujando el círculo de todo lo que nace». Pues esas y otras elevaciones oníricas terminan por descender finalmente a la humilde cañada del tiempo que habitamos.

Esta obra de Ernesto Delgado supone una reflexión sobre la edad, el dolor, la enfermedad, la pobreza, el miedo, la desnudez, el silencio y la muerte a través de una trenzadera de signos y símbolos ocultos. Pero, en ella, el sufrimiento y los barrotes que encierran la libertad en los países enfermos reclaman, sin embargo, el palpitar de lo vivo y el fulgor indestructible de la belleza y de la poesía.

Aurora EGIDO

Real Academia Española

Universidad de Zaragoza

aegido@unizar.es